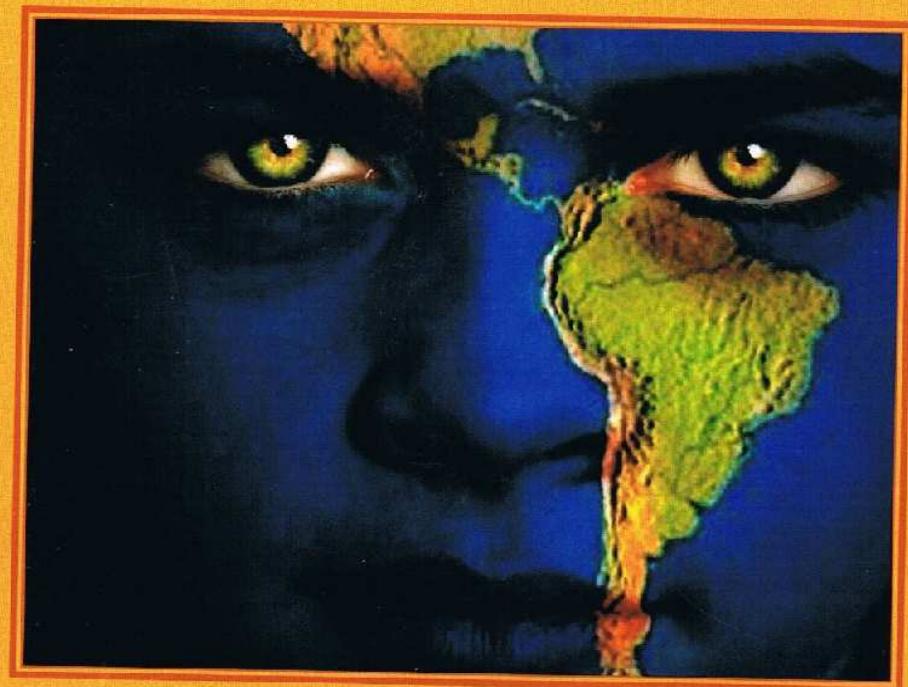


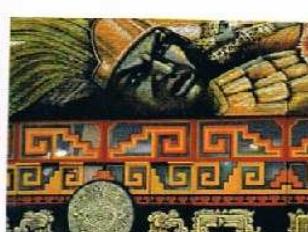


AMÉRICA LATINA: INTERROGANTES Y PERSPECTIVAS



JAIME LLAMBÍAS WOLFF

editor / compilador



LAS DIMENSIONES DE LA ACCIÓN COLECTIVA EN AMÉRICA LATINA

Manuel Antonio Garretón M.

Este trabajo examina las transformaciones de la acción colectiva en América Latina desde el período nacional popular, pasando por las dictaduras militares y los procesos de democratización política. Para ello, se desarrolla un marco conceptual que analiza los cambios de esta acción en la sociedad contemporánea y latinoamericana. Luego se indican las principales dimensiones del período democrático de las últimas décadas: la calidad de la democracia, el anti neoliberalismo y la ciudadanía. La hipótesis principal es que todas estas dimensiones están atravesadas por una nueva problemática histórica en la región: la reconstrucción de las relaciones entre Estado y sociedad, lo que le agregaría a la acción colectiva una dimensión refundacional.

Palabras clave: Actores sociales, matriz socio-política, democracia, ciudadanía, dimensión refundacional.

Este trabajo examina las transformaciones de la acción colectiva en América Latina¹. Luego de una breve síntesis de los cambios en la acción colectiva en las sociedades contemporáneas, se describen los rasgos principales de ésta en el período nacional popular, en las dictaduras militares y en los procesos de democratización política. Bajo los regímenes democráticos post transiciones se examinan las luchas contra el modelo neoliberal, las movilizaciones ciudadanas y la búsqueda actual de nuevos modelos de relación entre Estado y sociedad.

Transformaciones en los actores sociales

La problemática de la acción colectiva ha cambiado significativamente en las últimas décadas². Por un lado, la llamada globalización, en cuanto interpenetra económica (mercados) y comunicacionalmente (mediática, información, redes reales y virtuales, informática) a las sociedades o segmentos de ella y atraviesa las decisiones autónomas de los Estados nacionales, ha desarticulado a los actores clásicos ligados al modelo de sociedad industrial de Estado Nacional. Por otro lado, y con dinámicas propias no reductibles sólo a la globalización, hemos asistido a la

¹ Nos basamos en este artículo en el trabajo del autor *Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina*. (Santiago: CEPAL, Serie Políticas Sociales, 2001) y en un estudio inédito realizado junto con Claudia Gutiérrez para el PNUD: *Actores sociales y procesos de democratización en América Latina en el contexto de la crisis económica internacional* (2009).

² Sobre las transformaciones de la sociedad contemporánea a que nos referimos aquí, ver Castells (1996), Garretón (2001).

explosión de identidades adscriptivas, a veces comunitaristas basadas en el sexo, la edad, la religión como verdad revelada y no como opción, la nación no estatal, la etnia, la región, etc. Finalmente, se conforman actores a nivel globalizado que enfrentan a su vez a los poderes fácticos transnacionales, los llamados movimientos anti o alter globalización.

Desde otra perspectiva, estamos en presencia de un cambio fundamental del tipo societal predominante en los últimos siglos. Este puede resumirse en el fenómeno de amalgamación entre el tipo societal básico que actuó como referencia desde el siglo XIX, la sociedad industrial de Estado Nacional, y otro tipo societal, la sociedad post-industrial globalizada.

En el tipo societal referencial, frente al cual los países podían estar más atrasados o más avanzados, la sociedad industrial de Estado Nacional, los actores sociales eran predominantemente actores que se vinculaban al mundo del trabajo o de la producción, es decir, alguna relación con las clases sociales, y por otro lado, al mundo de la política, es decir alguna relación con los partidos o liderazgos políticos. La combinación de ambos es lo que llamábamos movimientos sociales.

En el nuevo tipo societal, que podríamos llamar post-industrial globalizado, que otros llaman "sociedad del conocimiento", o "sociedad red" o "sociedad del riesgo", que tiene como ejes centrales al consumo y la información y comunicación, entremezclados con los actores sociales del anterior se constituyen nuevos tipos de actores sociales³. Por un lado, los públicos y redes de diversa naturaleza, que pueden ser más o menos estructurados, específicos o generales, pero que tienen como característica el no tener una fuerte y estable densidad organizacional. En segundo lugar, actores con mayor densidad organizacional como las ONGs que constituyen también redes nacionales y transnacionales. En tercer lugar, los actores identitarios, sobre todo aquéllos en que el principio fundamental de construcción de identidad tiende a ser adscriptivo y no adquisitivo. Finalmente, los poderes fácticos nacionales o transnacionales, es decir, entidades o actores que procesan las decisiones propias a un régimen político, al margen de las reglas del juego democrático.

Es cierto que América Latina siempre vivió en forma desgarrada la modernidad occidental industrial estatal-nacional y que ésta nunca logró

³ Ver sobre nuevos actores y movimientos, ligados a estas transformaciones Castells (1996), Wieviorka (2009), Pleyers (2010), Touraine (1997).

consolidarse como la racionalidad organizadora de estas sociedades. Pero también es cierto que esta modernidad fue uno de los elementos referenciales en la historia de nuestros países en el siglo pasado y que se la vivió en forma ambigua e hibridada con otros modelos de modernidad. Todo ello hace más complejo tanto la irrupción del nuevo tipo societal en nuestras sociedades, el que en todo caso no podrá estructurarse del mismo modo que en otros contextos históricos, sino como un nuevo modelo de modernidad con un tipo de acción colectiva que se mueve entre diversas dimensiones que examinaremos.

Al referirnos a los procesos políticos de conflictos y cambio social, el tema de los actores sociales tiende a asemejarse, aunque no necesariamente a identificarse, con el de los movimientos sociales, definidos éstos como acciones colectivas con alguna estabilidad en el tiempo y algún nivel de organización, orientadas al cambio o conservación de la sociedad o de alguna esfera de ella. La idea de movimiento social tiende a oscilar entre dos polos: la respuesta coyuntural a una determinada situación o problema y la encarnación de un sentido de la historia y el cambio social. Desde nuestra perspectiva, ambos polos pueden ser vistos como dos dimensiones de los movimientos sociales. Por un lado, el Movimiento Social (mayúsculas, singular) orientado al nivel histórico-estructural o de historicidad de una determinada sociedad y definiendo su conflicto central. Por otro lado, movimientos sociales (plural, minúsculas), que son actores concretos que se mueven en los campos de los mundos de la vida, organizacional o institucional, orientados hacia metas específicas y con relaciones problemáticas, que se definen en cada sociedad y momento, con el Movimiento Social Central. Los movimientos sociales son un tipo de acción colectiva y no el único, y deben ser distinguidos al menos de otras dos formas de acción colectiva importantes en sociedades en cambio, como son las demandas y las movilizaciones⁴.

La acción colectiva en la matriz clásica

La matriz socio-política latinoamericana de tipo estatal nacional popular ocupa un espacio importante durante el siglo veinte⁵. Se configura tras el colapso de la matriz oligárquica, hasta la implantación de las dictaduras militares o de regímenes autoritarios en los sesenta y setenta, y los procesos de reforma estructurales de tipo neoliberal en un contexto de globalización. Los componentes de la matriz socio-política (Estado,

⁴ Sobre esta conceptualización ver Garretón (1996), Touraine (1997).

⁵ Nos basamos en lo que sigue en Garretón et al. (2004).

sistema de representación, base socio económica y cultural, régimen político) experimentan reconfiguraciones: la fusión de éstos, la reestructuración de la base-socioeconómica en torno al modelo de industrialización sustitutiva de importaciones, con el Estado como rector principal; la existencia de una alianza relativa entre los sectores oligárquicos y burgueses, las clases medias y los trabajadores organizados, son algunos de estos rasgos. El populismo es por ese entonces la forma de acción colectiva predominante, y las orientaciones culturales eran de tipo mesocrático-popular, nacionalistas y desarrollistas. En el modelo de matriz clásica, los actores sociales presionan al Estado a través de la acción política, de base clasista o populista y mediación partidaria, corporativa o personalizada, como principal articulador de la acción colectiva. El actor social central puede ser definido como el Movimiento Nacional Popular y se identificaba como parte del "pueblo". Este último era considerado como el único sujeto de la historia. El movimiento o actor social paradigmático del Movimiento Nacional Popular fue generalmente el movimiento obrero, pero en diferentes períodos este liderazgo fue cuestionado por lo que se le reemplazaba por la apelación a otros actores, como los campesinos o los estudiantes o las vanguardias partidarias.

Dictaduras militares, democratización política y actores sociales

El intento de desmantelar la matriz clásica o político-céntrica por parte de los regímenes militares de los sesentas y setentas y algunas transformaciones institucionales o estructurales que también ocurrieron en otros países sin este tipo de autoritarismo, en los ochenta, implicaron algunas consecuencias profundas para los actores sociales y formas de acción colectiva⁶. Por un lado, la búsqueda de reconstrucción del tejido social destruido por el autoritarismo y las reformas económicas. Por otro, la orientación de las acciones, en el caso de regímenes autoritarios, hacia el término de éste, lo que politiza todas las demandas sectoriales no específicamente políticas.

Debido al carácter represivo de las dictaduras, la principal acción colectiva durante ellas fueron las movilizaciones sociales que tendían a enfatizar su dimensión simbólica por sobre la orientación reivindicativa o instrumental. Es significativo, en este sentido, el rol de liderazgo simbólico alcanzado por el Movimiento de Derechos Humanos. El fue el germen de lo que podríamos llamar el Movimiento Social Central del período de

⁶ Sobre movimientos y actores bajo las dictaduras, Eckstein, ed (1998).

ruptura de la matriz nacional popular bajo los autoritarismos: el Movimiento Democrático.⁷

Los procesos de democratización política constituyen uno de los ejes principales de la acción colectiva en América Latina, especialmente, en la década de los ochenta y noventa. Si habíamos definido como el sujeto o principio constitutivo central de la matriz político-céntrica o clásica al Movimiento Nacional-Popular, puede decirse que la construcción de democracias políticas implicó un giro de éste hacia el Movimiento Democrático, es decir, hacia un actor o movimiento central que, por vez primera, no se orienta ni hacia intereses específicos de un sector social ni hacia el cambio social radical y global sino hacia el cambio de régimen político. Los gobiernos autoritarios se convierten en el principio más importante de oposición y el término del régimen y la instalación de la democracia llegan a ser la meta principal de la acción colectiva. Con este cambio, el Movimiento Social gana en términos instrumentales, pero se paga el precio de la subordinación de las demandas particulares a las metas políticas. A la vez, esto otorga el rol de liderazgo a los actores políticos, principalmente, los partidos. Las negociaciones y concertaciones en el nivel de las cúpulas y de las élites tienden a reemplazar las movilizaciones sociales durante la transición democrática y los procesos de consolidación.

En este sentido, los procesos de democratización política tienden a separar la acción colectiva en tres lógicas que penetran a todos los actores sociales particulares. Una es la lógica política orientada hacia el establecimiento de una democracia consolidada como condición para cualquier otro tipo de demanda. La otra es la lógica particular de cada uno de los actores orientados hacia beneficios concretos en la democratización social como condición para apoyar activamente al nuevo régimen democrático. La última lógica critica la insuficiencia de los cambios institucionales y concibe la democracia como un cambio social más profundo y extensivo a otras dimensiones de la sociedad.

La existencia de cuestiones éticas no resueltas durante las transiciones o democratizaciones, especialmente la violación de los Derechos Humanos bajo las dictaduras, mantuvo la importancia de los movimientos de Derechos Humanos al comienzo de las nuevas democracias. Pero éstos se

⁷ Sobre el movimiento de derechos humanos Jelin y Herschberg, coords. (1996).

vieron severamente limitados por las restricciones de otros enclaves autoritarios, de tipo institucional o constituidos por poderes fácticos (militares, empresarios, grupos para-militares), y especialmente por el riesgo de la regresión autoritaria y las crisis económicas. Ello confirió a los actores políticos, en el gobierno y la oposición, roles claves en la acción social subordinando, de esta manera, los principios de acción de otros actores a su propia lógica. A su vez, las tareas relacionadas con el proceso de consolidación privilegiaron, al comienzo, las necesidades y requerimientos del ajuste y estabilidad económicos desincentivando la acción colectiva que se pensaba ponía en riesgo tales procesos. Como resultado, se produce un cierto grado de desarticulación y desactivación de los movimientos sociales. Pero más importante aún es que, al establecerse los regímenes post-dictatoriales, los movimientos sociales quedan sin un principio central de proyección⁸.

Todo lo cual refuerza el planteamiento de que, terminadas las transiciones y asegurada una consolidación de los regímenes post-dictatoriales, no obstante las desestabilizaciones y caídas de presidentes bajo presión popular, una nueva cuestión se hace predominante: la calidad de la democracia conquistada y consolidada. En efecto, con posterioridad a las transiciones o democratizaciones políticas, la acción colectiva estuvo marcada por diversas dimensiones, a veces entremezcladas entre sí, la primera de las cuales son las luchas por la calidad democrática.

Si bien es cierto que desde la instalación misma de los nuevos regímenes existió en varios sectores la preocupación por el tipo de democracia que se estaba gestando, ella fue menor frente a la cuestión de la mera existencia del régimen democrático y a los riesgos iniciales de reposición de dictaduras, y también se orientaba más a la herencia de enclaves autoritarios que a los rasgos nuevos de la vida política. Es evidente que en torno a la profundización y calidad del régimen democrático se producirá una configuración de actores, con una tensión entre los más orientados político-estatalmente, preocupados de las reformas institucionales y de la modernización del Estado, y aquéllos que ligan demandas sociales y ciudadanas como otro eje de acción, a lo que nos referiremos.⁹

⁸ Sobre movimientos sociales y democratización ver Jelin y Herschberg, coords. (1996) y sobre los movimientos post transiciones ver Eckstein, ed. (1998).

⁹ Recordemos al respecto que el movimiento del EZLN ponía entre sus primeras reivindicaciones la celebración de elecciones limpias junto a sus propias demandas de integración social y que el movimiento indígena en Ecuador también vinculó sus demandas particulares al cambio de gobierno. Sobre calidad de la democracia O'Donnell, Lazetta y Vargas, eds (2004) y PNUD (2004).

Las luchas antineoliberales

Una segunda dimensión de la acción colectiva en los noventa y primera década del 2000, especialmente en momentos de crisis económica, se refiere a las consecuencias de la transformación del modelo de desarrollo. El modo predominante como se hizo tal transformación fue el ajuste o las reformas estructurales de tipo neoliberal¹⁰. Pero las modalidades neoliberales han significado sólo la inserción parcial y una nueva dependencia de ciertos sectores, con lo que se vuelve a configurar un tipo de sociedad dual y queda planteada la cuestión de un modelo alternativo de desarrollo. Dicho de otra manera, el modelo neoliberal operó sólo como ruptura y mostró su total fracaso en transformarse en un desarrollo estable y auto-sustentable.

Más allá de su significación económica, el neoliberalismo ha sido un intento de negar la política a partir de una visión distorsionada y unilateral de la modernización expresada en una política instrumental que sustituye la acción colectiva por la razón tecnocrática y donde la lógica de mercado parece aplastar cualquier otra dimensión de la sociedad. Esta tendencia se acompañaba en los últimos tiempos con una visión de la política que contribuía a despolitizar aún más la sociedad al plantearse como su único contenido el "resolver los problemas concretos de la gente". En términos de las cuestiones ligadas a los actores sociales, el nuevo esquema económico que se impone a nivel mundial, tiene varias consecuencias.

Por un lado, el esquema económico neoliberal tiende a ser intrínsecamente desintegrativo a nivel nacional y parcialmente integrativo, aunque obviamente asimétrico, a nivel supra nacional. Ello implica la desarticulación de los actores sociales clásicos ligados al mundo del trabajo y al Estado y hace muy difícil la transformación de los nuevos temas mencionados (medio ambiente, género, seguridad urbana, democracia local y regional dentro del país, etc.) y de las nuevas categorías sociales (etarias, de género, étnicas, diversos públicos ligados al consumo y a la comunicación) en actores sociales políticamente representables. Esta desarticulación de actores sociales es coincidente con el debilitamiento de la capacidad de acción del Estado, referente básico para la acción colectiva en la sociedad latinoamericana.

¹⁰ Sobre reformas neoliberales, Panizza (2009) y Weyland (2004).

Se produce, así, una preeminencia de luchas defensivas, a veces en la forma de revueltas salvajes, otras a través de la movilización de actores clásicos ligados al Estado en defensa de sus conquistas previas (empleados públicos, profesores o trabajadores de antiguas empresas del Estado). Los estudiantes se orientan más a la defensa de sus intereses de carrera amenazados por la privatización de la educación superior, que a la reforma más profunda del sistema educacional y universitario. Los trabajadores orientan sus luchas y demandas a paliar los efectos del modelo en cuanto a nivel de vida, empleo y calidad de los trabajos, demandando siempre la intervención del Estado, más que a posiciones propiamente anti-capitalistas. Por su parte, se aprecia un doble movimiento en el actor empresarial escindido entre los favorecidos y perdedores de las aperturas y globalización: en unos, se produce la corporativización defensiva de tipo nacionalista y, en otros, la internacionalización de las pautas de acción y una dinámica interna más agresiva, pero sin lograr convertirse en clase dirigente.

Dado que las crisis económicas han sido un escenario favorable a la re-emergencia y mayor visibilización de un nuevo tipo de movilizaciones sociales -cuya principal expresión han sido las protestas públicas-, el carácter cíclico de las denominadas "fallas del mercado" favorece la prolongación de períodos de alta tensión popular, con la consiguiente posibilidad de desestabilización política, a los que se añaden demandas en materia de derechos humanos y por causas ecológicas¹¹. Las crisis económicas provocadas por el modelo neoliberal fueron, en último término, el marco en el que se desencadenaron conflictos que provocaron salidas de gobernantes democráticamente elegidos¹². Progresivamente, grupos descontentos movilizados, si bien con una débil densidad histórica, adquieren un carácter más permanente, generalmente recurriendo a mecanismos que no se traducen en el quiebre de la institucionalidad. Por el contrario, las movilizaciones sociales de los noventa, a pesar de la generación de climas de ingobernabilidad, dieron

¹¹ Sobre movilizaciones en tiempos de crisis económicas nos basamos en Varas (2009) y CEPAL (2009).

¹² Por ejemplo, en Argentina, en el contexto de la crisis económica de fines de 2001, con la renuncia del presidente Fernando de la Rúa, el ejercicio temporal de Adolfo Rodríguez Saá y luego de Eduardo Duhalde, y la posterior elección de Néstor Kirchner; en Bolivia, con la renuncia de Sánchez de Lozada, su reemplazo por el vicepresidente Carlos Mesa y, tras su renuncia, la asunción del presidente de la Corte Suprema hasta la posterior elección de Evo Morales en 2006; en Ecuador, la inhabilitación del presidente Bucaram por parte de la Corte Suprema tras amplias movilizaciones de rechazo a su política económica en un ciclo de inestabilidad que culminó con la asunción de Rafael Correa en 2007; en Paraguay, con el asesinato del vicepresidente, Luis María Argaña en un marco de fuertes tensiones en el Partido Colorado; en Perú, con la renuncia de Alberto Fujimori; y en Venezuela, con las movilizaciones a favor y en contra de Hugo Chávez. (Varas, 2009).

paso a salidas institucionales, sin la intervención de las fuerzas armadas (salvo excepciones), pese a la debilidad de las instituciones políticas en crisis económicas. En ese sentido, las salidas han sido dentro de los marcos institucionales, por la vía de la presión de las movilizaciones, las que llevan frecuentemente a acuerdos del estilo pacto social. En efecto, en el discurso, más allá de la disgregación y atomización de actores sociales, las crisis son vistas a la vez como oportunidades tanto de reconstitución como de ampliación de capacidades estatales, fortaleciendo su rol dirigente y protector, que superen las puras medidas de restablecer la confianza y el funcionamiento de los mercados financieros. Hay en esto algo de la dimensión fundacional a la que aludiremos.

En los años 2008-2009, la situación de crisis se enfrenta en un marco de desconfianza generalizada de la política, tanto en su dimensión partidaria como en referencia a la clase política. Ello permite la entrada de actores que se oponen abiertamente a ambos, lo que, a su vez, dificulta la reconformación de un sistema de representación y de partidos, sin los cuales la política democrática es inviable.

Las luchas ciudadanas

Se asiste hoy en día a una expansión valorativa inédita de la dimensión ciudadana, lo que se expresa en que casi todas las demandas y reivindicaciones se hacen a nombre de la ciudadanía o los derechos ciudadanos¹³. Es cierto que muchas de ellas se confunden con simples demandas sociales, de modo que el uso del concepto por parte de ONGs y organismos internacionales es, a veces, equívoco y a veces pierde su contenido específico referido a derechos iguales de las personas individuales (citizenship) frente al poder político-estatal garantizados por instituciones determinadas y en torno a cuya reivindicación se organiza un cuerpo de ciudadanos portadores de tales derechos (citizenry).

La valorización de la ciudadanía contrasta, sin embargo, con el debilitamiento de las instituciones clásicas que sirvieron para expresarla: sobre todo, en el campo los derechos civiles. Hay actores que se ubican en este campo de reivindicaciones clásicas, es decir, amenazados, por lo que ven como pérdida de los derechos conquistados en sus luchas históricas al debilitarse el papel del Estado y de la institucionalidad que los garantizaban. Hay otros cuyas luchas se organizan contra la

¹³ Una discusión sobre ciudadanía en PNUD (2004), Garretón (2001). Sobre formas emergentes de ciudadanía Rosanvallon (2006). Para América Latina ver Cheresly, ed. (2006).

discriminación, es decir, están orientadas a que se reconozcan derechos de los que gozan los ciudadanos ya integrados a los miembros de determinadas categorías (género, nivel socio-económico, etnia, región, etc.). Pero, además, en aquellos campos de ciudadanía clásica donde existen instituciones, ya no se trata sólo del acceso o cobertura de determinados derechos ciudadanos, sino de la calidad del bien a que se aspira, la que obviamente depende de la naturaleza del grupo que la reivindica, por lo cual un derecho universal no puede ser de igual contenido para todos (por ejemplo, la demanda educacional o de salud). Ello limita la capacidad de acción al particularizarse la dimensión de sujeto colectivo (citizenry).

Por otro lado, si la ciudadanía es el lugar del reconocimiento y la reivindicación de un sujeto de derecho frente a un determinado poder, y ese poder fue normalmente el Estado, hoy día se generan campos o espacios en que la gente hace el equivalente o la analogía con la ciudadanía. Quiere ejercer derechos pero ese poder frente al que hay que conquistarlos ya no es necesariamente el Estado o lo es sólo parcialmente. Por ejemplo, derechos relacionados con los medios de comunicación, donde la gente no quiere que la gran cantidad del tiempo de su vida útil, que está dedicada a la televisión, le fijen los marcos en que debe elegir, y quisiera tener alguna forma de ciudadanía. El medio ambiente es otra esfera en que se expresan relaciones de poder, derechos y campo de ciudadanía no referibles exclusivamente al Estado. También la pertenencia a más de una comunidad nacional, como ocurre en zonas fronterizas o con procesos masivos de migración.

Por último, en estos procesos de redefinición de la ciudadanía, surgen demandas y luchas por derechos que implican una revolución en el principio clásico de los derechos humanos, ciudadanos o del modelo republicano. Hay aquí dos dimensiones distintas involucradas. Una son los derechos que se reclaman en nombre de una identidad y que no son extensibles a otras categorías (derechos de la mujer, de los jóvenes, de los discapacitados), pero cuyos titulares siguen siendo los individuos. La otra dimensión se refiere a derechos cuyos titulares no son los individuos sino que las colectividades, y eso es una reinvenCIÓN del concepto de ciudadanía. Para todos estos nuevos campos de ciudadanía no existen instituciones, o sólo existen embrionaria y parcialmente.

El panorama de las acciones colectivas de la última década muestra que la dimensión ciudadanía ha sido uno de los principales elementos constitutivos de la acción y los actores sociales de la región, atravesando tanto los movimientos étnicos, como los nuevos rasgos de los movimientos de pobladores, las reivindicaciones de sectores pobres urbanos, las organizaciones vecinales y de movimientos barriales o regionales, los movimientos juveniles, las movilizaciones contra los cierres de empresas. La fuerte irrupción de la llamada "sociedad civil" en casi todos los rincones del globo en las últimas dos décadas muestra señales de que la organización en torno a demandas específicas y concretas, pero también en torno a derechos e identidades, pareciera ser más efectiva que los partidos políticos y los canales tradicionales de representación para conseguir soluciones a los grandes problemas sociales¹⁴. En este sentido, la orientación identitaria, que, por supuesto, se entremezcla muchas veces con la orientación ciudadana, busca, más que la reivindicación de derechos, la afirmación de un sujeto social o político, de un nosotros basado en un atributo en general de carácter adscriptivo.

Así, la orientación ciudadana tiende a confundirse a veces con la opinión pública, en la que la tecno-política (medios, tecnocracia y políticos) la despoja de su carácter de actor para transformarla en un barómetro de actitudes medibles a través de encuestas. En un extremo opuesto, se le confunde con el consumo convirtiendo toda demanda particularista o individual en "derecho ciudadano". Pero estas y otras derivas también pueden abrir el horizonte de acción de movimientos que pueden convertirse en los vectores de demandas más amplias y urgentes (como el caso de cocaleros bolivianos, movimientos estudiantiles o medio ambientales, etc). Las movilizaciones en la calle, las tomas, son expresión de esta situación.

La dimensión refundacional

En el trasfondo de las movilizaciones anti neoliberales de carácter más económico y ligadas al consumo, de las expresiones identitarias vinculadas a la constitución de un sujeto, de luchas ciudadanas por derechos, muchas veces relacionadas con cambios de gobierno o con la defensa de ellos cuando se ven amenazados por poderes fácticos, puede encontrarse una dimensión refundacional¹⁵.

¹⁴ Para los temas de la sociedad civil ver Panfichi, ed. (2003) y Dagnino, Olvera y Panfichi, eds. (2006).

¹⁵ Hemos desarrollado estos temas largamente en Garretón (2006 y 2011).

Se trata del efecto de las transformaciones originadas por los procesos de globalización, democratización, las reformas neoliberales, además de otros cambios estructurales y culturales en el mundo, que afectaron profundamente la matriz estatal-nacional-popular, al fragmentarse las relaciones Estado-sociedad y autonomizarse la economía de la política. Emerge así una nueva problemática histórica en y para América Latina, tal como en otra época fueron el desarrollo, la revolución, la democracia, la crisis externa, la superación de la pobreza, problemática que, sin dejar de lado algunas de las mencionadas, las redefine y resignifican. Hemos denominado a esta problemática la recomposición de las relaciones Estado-sociedad, lo que en algunos casos adquiere una dimensión más radical o dramática como refundación del Estado-nación, una de cuyas expresiones han sido las Asambleas Constituyentes. Ello ha seguido diversos modelos o procesos Y en cada uno de estos esquemas se privilegian determinados sujetos sociales y formas de acción colectiva.

El primero de ellos es la vía política En esta versión, es posible distinguir dos variantes. Una, que presenta el predominio de ciertas formas de liderazgo personalizado, instauradas en un contexto en que se debilita el sistema de representación que medie entre Estado y sociedad (Venezuela de Chávez). Una segunda vertiente, de tipo partidista, en la que el sistema de partidos se recompone con la reinstalación de regímenes democráticos (Chile de la Concertación, Uruguay) y es el referente principal de la acción colectiva, aunque no siempre con la misma capacidad de representación y convocatoria que en el pasado.

Un segundo modelo se basa en el intento por recomponer la polis o comunidad política desde la sociedad. La primera vertiente de este modelo es la que define a la sociedad desde un "nosotros" de carácter étnico, que tiene un fuerte componente politicista pero identitario (Chiapas, Bolivia de Evo Morales). Hay una oposición y un rechazo intensos a la institucionalidad heredada de la tradición cívica con exclusión de las comunidades indígenas. La segunda variante se basa en la exaltación de la sociedad civil como opuesta al Estado y la política: no teniendo un referente de país como los otros, su mejor expresión es la configuración del movimiento anti-neoliberal (o anti-globalización) expresado a través de Foros Sociales de amplia convocatoria a la sociedad civil, con un peso considerable de las ONG, en ocasiones como actores supranacionales, aunque con menor impacto en la política nacional.

Un tercer modelo asume un carácter tecnocrático (con variantes tecnopolíticas), promovido por el Banco Mundial, el BID y otras instancias, y canalizado a través de generaciones de profesionales formados en países anglosajones, que desempeñan un rol estratégico en los gobiernos nacionales. Este rol, a veces acompañado de la ocupación de espacios de decisión política, trasciende lo tecnocrático y se fusiona con la capacidad de imponer, mediante instrumentos técnicos, decisiones de relevancia política.

Es cierto que cada uno de estos modelos combina elementos de los otros. En este sentido, el caso brasileño, -mejor dicho, el llamado modelo Lula- parece ser el que mejor combinó todas las dimensiones: sociedad civil, partido, Estado y componente tecnocrático. El predominio desequilibrante de una dimensión, por su parte, genera problemas significativos para la acción colectiva, ya sea porque la dimensión societal es débil o lo es la política o lo es la estatal. Por otro lado, es posible señalar que en cada uno de estos modelos tiende a primar un sujeto principal de la actor colectiva, sea éste el sujeto partidario, el líder personal, un determinado movimiento social (como el étnico), la "ciudadanía de las calles" o el Estado.

Esta dimensión refundacional, en síntesis, se refiere a las luchas en torno al modelo de modernidad¹⁶. Recordemos que sociológicamente no se puede hablar de "la" modernidad, sino que hay que hablar de "las" modernidades. La forma particular de la modernidad latinoamericana, en torno a lo que hemos denominado la matriz nacional popular, ha entrado en crisis y frente a ella se alza como propuesta la simple copia del modelo de modernidad identificado a procesos específicos de modernización de los países desarrollados, pero con un énfasis especial en el modelo de consumo y cultura de masas norteamericano. En oposición a ese modelo surgieron nuevas visiones de la modernidad latinoamericana que combinan entre confusa y creativamente, la vertiente racional-científica, la vertiente expresivo-comunicativa, y la memoria histórica colectiva.

Probablemente ésta sea la dimensión más novedosa de la acción colectiva en los últimos años en América Latina, siendo especialmente visible en las nuevas modalidades de las acciones indígenas, en las movilizaciones que llevaron a nuevas Constituciones e incluso nuevas formas de Estado, como en Bolivia, pero también las movilizaciones estudiantiles chilenas

¹⁶ Ver sobre la discusión de la modernidad Garretón (2001).

del 2006 y 2011, tienen una dimensión refundacional predominante, no sólo respecto del sistema educacional sino de las relaciones entre lo político y lo social¹⁷.

Conclusión: política y acción colectiva

Del mismo modo que los principales actores sociales en otra época se configuraron en torno a una determinada problemática histórica, como las mencionadas de desarrollo, revolución, democracia u otras, que atravesaba todas las acciones colectivas y las orientaciones de los actores, hoy puede decirse, como hipótesis, que la acción colectiva y la configuración de actores se origina, por el lado de la historicidad, en la nueva problemática histórica de reconstrucción de la polis. Este sería en términos de nuestro esquema inicial el Movimiento Social central, cuyos actores principales varían para cada país. A su vez, por el lado de los mundos de la vida y la subjetividad, se trata de la diversificación de problemáticas y demandas sectoriales que, además de ser nuevas por el nuevo contexto estructural y cultural, no tienen las formas de mediación y organización clásica de la matriz estatal-nacional-popular. Al mismo tiempo, si uno considera la dimensión instrumental, en su cara organizacional, hay en general un debilitamiento de la vinculación político-partidaria y el predominio de formas comunitarias de asociación ciudadana o corporativa, en tanto que en la cara institucional, junto al respeto de los marcos institucionales, hay la búsqueda de formas nuevas de participación y expresión que exceden aquéllos pero que apuntan a su institucionalización.

Asistimos a una recomposición de fuerzas sociales. La acción colectiva inicialmente aislada como en la década de los noventa, presenta una progresiva densidad. Dicho de otro modo: los actores están pasando paulatinamente de los niveles de los "mundos de la vida" y de las instrumentalidades de tipo organizacional e institucional, es decir más sociales y culturales, a una conformación "híbrida", en la que se incorpora una dimensión política. Todo lo cual tiene efecto en las formas de acción colectiva y en las formas organizativas, reflejándose en el alcance y la temporalidad de éstas.

Todo ello implica la redefinición del sentido de la política, lo cual va acompañado de una crítica y desconfianza de la política institucional.

¹⁷ Sobre las movilizaciones estudiantiles en Chile ver Atria (2012); González y Montealegre, eds. (2011); Mayol (2012) y Rojas (2012). Mis propias posiciones en Garretón (2007 y 2012) para las movilizaciones del 2006 y 2011 respectivamente.

Muchas de las críticas que se le hacen a las democracias en la región¹⁸ tienen que ver con un cuestionamiento más profundo a las formas clásicas de la política. Pero sería un profundo error interpretar esto como un abandono, desaparición o fin de la política y un predominio de la acción extra institucional o insurreccional. A diferencia de otros períodos, la dimensión refundacional de la acción colectiva se enmarca dentro de la aceptación de la institucionalidad, aunque sea para modificarla radicalmente o para cuestionar o incluso sustituir los mismos gobiernos que se han elegido. Ya sea por procesos de relegitimación de la política en sus formas partidarias clásicas, ya sea por construcción de nuevos partidos que expresen al movimiento social, ya sea por penetraciones más complejas de los aparatos políticos en los movimientos con evidentes riesgos de la pérdida de autonomía de éstos, a través de diversas modalidades según los diversos países, se busca reconstituir una relación entre política y acción colectiva.

En el nuevo escenario generado por las transformaciones sociales, estructurales y culturales a que nos hemos referido y que descomponen la unidad de la sociedad-polis, de la sociedad-Estado nacional, tiende a desaparecer la centralidad exclusiva de la política como expresión de la acción colectiva. Pero ella adquiere una nueva centralidad más abstracta, por cuanto le corresponde abordar y articular las diversas esferas de la vida social, sin destruir su autonomía. Así, hay una demanda a la política por "sentido", lo que las puras fuerzas del mercado, el universo mediático, los particularismos e identidades o los meros cálculos de interés individual o corporativo, no son capaces de dar. La redefinición de las relaciones entre política y sociedad, en sus rasgos de sentido de la acción colectiva como en sus formas institucionales y organizacionales constituyen el núcleo de la acción colectiva de hoy y el futuro.

¹⁸ Un compendio de estas críticas en PNUD (2004).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Atria, Ferrnando (2012), *La mala educación. Ideas que inspiran al movimiento estudiantil chileno*. Santiago: Catalonia.
- Castells, Manuel (1996), *La Era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura*. 3 tomos. Madrid: Alianza.
- Cheresky, Isidoro (comp.), (2006), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*. Buenos Aires: Miño y Dávila Ediciones.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL), (2009), *La reacción de los gobiernos de las Américas frente a la crisis internacional: una presentación sintética de las medidas de políticas anunciadas hasta en 30 de junio de 2009*. Santiago: CEPAL.
- Dagnino, Evelina; Olvera, Alberto; Panfichi, Aldo, (2006), *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. México. Programa Interinstitucional de Investigación-Acción sobre Democracia, Sociedad Civil y Derechos Humanos.
- Eckstein, Susan (ed.), (1988), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*. California: University of California Press.
- Garretón, Manuel Antonio (1996), "Social Movements and the process of democratization. A general framework" en *International Review of Sociology*, vol. 6, No. 1.
- _____(2001) *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción Sociológica al Cambio de Siglo*". Santiago: LOM Ediciones.
- _____(2006) "Modelos y Liderazgos en América Latina" en *Revista Nueva Sociedad*, Caracas, No. 205, (septiembre-octubre).
- _____(2007): *Del post-pinochetismo a la sociedad democrática. Política globalización en el bicentenario*. Santiago de Chile: Random House Mondadori.
- _____(2011) "La problemática actual de América Latina y las respuestas en juego" en *Democracia y Antagonismos en el Chile Contemporáneo. Perspectivas post-transicionales*. Editado por Mauro Salazar y Alejandro Osorio. Santiago de Chile: Editorial Akhilleus.
- _____(2012) El movimiento estudiantil chileno. Observatori del conflicto social. Barcelona. Disponible en: <http://observatoridelconflicte.org/>

Garretón, Manuel Antonio; Cavarozzi, Marcelo; Cleaves, Peter; Gereffi, Gary y Hartlyn, Jonathan, (2004), *América Latina en el siglo XXI. Hacia una nueva matriz socio-política*. Santiago: Ediciones LOM.

González Rodriguez, Sergio y Montealegre, Jorge (eds.), (2012), *Ciudadanía en marcha. Educación superior y movimiento estudiantil 2011: curso y lecciones de un conflicto*. Santiago: Editorial USACH.

Jelin, Elizabeth y Hershberg, Eric (coords.), (1996), *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.

Mayol, Alberto (2012), *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: LOM ediciones

O'Donnell, Guillermo; Iazzetta, Oswaldo y Vargas Cullel, Jorge (eds.), (2004), *The quality of democracy: Theory and applications*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Panfichi, Aldo (ed.), (2003), *Sociedad Civil, Esfera Pública y Democratización en América Latina: Andes y Cono Sur*. México: Fondo de Cultura Económica.

Panizza, Francisco (2009), *Contemporary Latin America. Development and democracy beyond Washington Consensus*. New York: Zed Books.

Pleyers, Geoffrey (2010), *Alter-Globalization. Becoming actors in the global age*. UK: Polity Press.

Programa de Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD), (2004), *La Democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*. Buenos Aires: Argentina Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

Rojas Hernández, Jorge (2012), *Sociedad Bloqueada. Movimiento estudiantil, desigualdad y despertar de la sociedad chilena*. Santiago: RIL editores.

Rosanvallon, Pierre (2006), *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*. Francia: Seuil.

Touraine, Alain (1997), *¿Podremos vivir juntos? Iguales y Diferentes*. México: Fondo de Cultura Económica.

Varas, Augusto (2009) "Crisis económica y Fuerzas Armadas en Sudamérica" en *La Onda Digital*. Disponible en: http://flacso.org.br/index.php?option=com_content&task=view&id=2798&Itemid=271.

Weyland, Kurt (2004), "Neoliberalism and Democracy in Latin America: A Mixed Record" en *Latin American Politics & Society*, vol. 46, No. 1, (primavera).

Wieviorka, Michel (comp.) (2009), *Otro mundo es posible. Discrepancias, Sorpresas y Derivas en la Antimundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.